

S. Elizabeth Bird (ed.).

The anthropology of news & journalism: global perspectives.

Bloomington: Indiana University Press, 2010.

328 p. ISBN 978-0-253-22126-1.

La antropología está rondando al periodismo y es bueno lo que puede salir de este encuentro. En su labor cotidiana los periodistas se sienten un poco antropólogos y estos, un poco periodistas. Cualquiera lector de Ryszard Kapuściński, al viajar con él por Asia, África o América, se ha sentido como uno de esos científicos sociales que se instalan en el medio de tribus alejadas de los centros mundiales e intentan registrar el “sentido común” propio de cada lugar. Y más vocación de antropólogos tendrían aún los periodistas si Kapuściński hubiese terminado su libro *Viajes con Malinowski* sobre el eminente antropólogo polaco.

Esa vocación hoy es necesaria para quienes estudian el periodismo. Para leer mejor la profesión y su actividad necesitamos ir un poco más allá de los datos duros de los estudios de mercado. El periodismo está viviendo un cambio de rol y de estructura tan importante que están cambiando los significados del trabajo que un periodista hace y de las relaciones que se construyen con los públicos. Esta búsqueda es necesaria para encontrar los nuevos rumbos de las empresas periodísticas, entendiendo los cambios en la audiencia en sus múltiples facetas. Ya no alcanzan las respuestas cuantitativas o sociológicas para precisar la nueva naturaleza de la oferta y la demanda. Hay que reconstruir, desde lo individual, nuestra comprensión

de la vinculación entre las personas y el periodismo para luego intentar agregaciones más amplias.

Elizabeth Bird es una de las personas que más está trabajando esta avenida intelectual y la compilación que reseñamos es fruto de su esfuerzo. Dice Bird en la presentación: “Mi conclusión más clara es que, culturalmente, las noticias no son un tema de texto, sino de proceso”. Y más adelante agrega: “La gente encuentra muy difícil hablar sobre textos específicos en detalle, sino que más bien los usan para enmarcar un tema en sus conversaciones”. Así “la significación cultural de las noticias emerge a partir de las interacciones de todos los días” dado que “las noticias no son usadas como textos con un sentido claro sino como una oportunidad para interrogarse sobre temas, desde moralidad, a religión, o raza”. Y concluye que “las personas no evalúan las noticias en forma aislada sino que las incorporan a sus ya formas establecidas de ver el mundo”.

Se trata de analizar la producción periodística en cada contexto e intentar capturar su sentido específico, tratando de escapar de interpretaciones generalistas y simplificadoras. “El periodismo tiene múltiples sentidos en muchos contextos”, dice Bird. Este enfoque tiene varios puntos de contacto con la tradición inglesa de los estudios culturales, dado que queda claro

que ambos analizan “a las noticias insertas en las prácticas de todos los días” (p. 14). También continúa, aunque es menos mencionada, los notables avances de la tradición teórica de los usos y las gratificaciones. Esta mirada antropológica puede tener una enorme fertilidad pues cuestiona y enfrenta las formas clásicas de entender al periodismo, a los periodistas y a sus audiencias. El otro beneficio evidente es que la cristalizada matriz noroccidental del periodismo se puede revisar, aporte constante de la tradición antropológica en otros campos de la actividad humana.

El contenido del libro está balanceado: se analizan tanto medios tradicionales como los nuevos medios digitales; y hay también equilibrio geográfico, dado que se analizan casos en Estados Unidos, Venezuela, India, Vietnam, Reino Unido, Zambia, Australia y Portugal.

El libro está dividido en tres partes. La primera pretende revisar los estudios de “news making” con una visión antropológica donde se avanza en una etnografía de la producción de noticias. La segunda parte del libro está dedicada al consumo de noticias en la vida de todos los días. Y la tercera parte se concentra en la producción de noticias en el escenario digital.

Entre los capítulos más ricos está el de Karin Wahl-Jorgensen, de la Universidad de Cardiff, quien cuestiona la centralidad de las grandes redacciones (*newsroom-centricity*) en los estudios sobre periodismo, lo que termina invisibilizando la mayor parte del campo profesional de cada país, que tiene más que ver con medios de menor

tamaño, no comerciales, o con menos recursos. Es como analizar el funcionamiento de una flota estudiando solamente los portaaviones. La autora propone que la antropología es la disciplina adecuada para rescatar todos esos sentidos, contextos y prácticas cotidianas que quedan subestudiados por ese enfoque. Dice Wahl-Jorgensen que “el énfasis en formas particulares de producción periodística significa que hemos reunido mucha evidencia sobre algunas tribus periodísticas particulares, mientras casi ignoramos completamente otras. Por la ausencia de relatos alternativos, las tribus cuyas experiencias han sido ampliamente documentadas por etnógrafos se convierten en la descripción autorizada y universal de lo que es el periodismo” (p. 28).

En este libro hay varios análisis por fuera de los medios principales y también de las grandes polis urbanas. Dorle Drackle estudia en Portugal formas no profesionales de producción de noticias, los medios *amateurs*, que son una de las claves del nuevo escenario mediático e informativo mundial. Por su parte, Ursula Rao y Mark Allen Peterson estudiaron en India la recepción en pequeñas ciudades.

En dos de los capítulos se revisa el sentido político que periodistas en contextos revolucionarios pueden incorporar a su trabajo. Joseph C. Manzella y Leon I. Yacher analizaron el apasionante caso venezolano, mientras que Cristina Schwenkel estudió a los fotoperiodistas de Vietnam del Norte durante la guerra (*liberations war correspondents*). Se ven aquí las tensiones

en muchos casos entre la formación profesional y sus intereses y deseos políticos. La autonomía profesional y política que estos periodistas ceden es parte de su servicio a la causa en la que creen. Pero esas prácticas profesionales aparecen inevitablemente asociadas a prácticas de gobierno autoritarias.

En uno de los capítulos más ricos, Dominic Boyer, en *"Making (sense of) news in the era of digital information"*, al estudiar el sentido de las noticias en la era digital, escribió que quienes tienen esta perspectiva antropológica "debemos tener en cuenta que somos recién llegados y mucho de lo que se nos aparece vívidamente frente a nosotros ha sido ya identificado por otras disciplinas científicas" (p. 242). Boyer pone énfasis en la actual velocidad de la producción periodística y cómo eso impacta, entre otras cosas, en la elaboración de los criterios de noticiabilidad, donde abunda el llamado "periodismo sedentario".

Entender a las audiencias y qué hacen con la información y con los medios es otro de los ejes principales de los estudios.

Algunos de estos trabajos tratan sobre las formas de circulación y los significados de las noticias personales en la radio estatal de Zambia, a cargo de Debra Spitulnik; los métodos de producción de marcos de interpretación en Palestina, investigados por Amahl Bishara; y las canciones politizadas y sus posibles roles, algunos de ellos vinculados con la función periodística, estudiadas por Mark Pedelty. La variedad de casos presentados está abriendo el camino a un reinterpretación interesante de las certezas de hoy en el conocimiento de la profesión.

Pero todavía se necesita algún intento de articular una teoría general que ordene el aporte de la antropología a la comprensión del periodismo —aunque es evidente que ese trabajo está en marcha— y este libro es un paso importante en ese proceso. Entender qué es una noticia hoy, cuál es el sentido del trabajo periodístico, sus inexorables pulsiones elitistas y las cada vez más amplias y sutiles tramas con las audiencias, será una tarea en la que la perspectiva antropológica tiene mucho que ofrecernos.

Fernando J. Ruiz

Facultad de Comunicación, Universidad Austral, Buenos Aires.
fruib@austral.edu.ar

